



CRÓNICA DE LA FACULTAD

## Crónica de la facultad

Revista de Economía y Estadística, Vol. 2, No 1 (1958): 1° Trimestre, pp. 31-45.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4879>



La Revista de Economía y Estadística, se edita desde el año 1939. Es una publicación semestral del Instituto de Economía y Finanzas (IEF), Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Córdoba, Av. Valparaíso s/n, Ciudad Universitaria. X5000HRV, Córdoba, Argentina.

Teléfono: 00 - 54 - 351 - 4437300 interno 253.

Contacto: [rev\\_eco\\_estad@eco.unc.edu.ar](mailto:rev_eco_estad@eco.unc.edu.ar)

Dirección web <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/index>

### Cómo citar este documento:

Revista de Economía y Estadística (1958) Crónica de la facultad. *Revista de Economía y Estadística*. Tercera Época, Vol. 2, No 1: 1° Trimestre, pp. 31-45.

Disponible en: [<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4879>](http://revistas.unc.edu.ar/index.php/REyE/article/view/4879)

El Portal de Revistas de la Universidad Nacional de Córdoba es un espacio destinado a la difusión de las investigaciones realizadas por los miembros de la Universidad y a los contenidos académicos y culturales desarrollados en las revistas electrónicas de la Universidad Nacional de Córdoba. Considerando que la Ciencia es un recurso público, es que la Universidad ofrece a toda la comunidad, el acceso libre de su producción científica, académica y cultural.

<http://revistas.unc.edu.ar/index.php/index>



REVISTAS  
de la Universidad  
Nacional de Córdoba



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



FCE  
Facultad de Ciencias  
Económicas



1613 - 2013  
400  
AÑOS

INICIACION DEL PERIODO LECTIVO 1958

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

De acuerdo a lo resuelto por el Consejo Directivo de la Facultad, en la tarde del 16 de abril se realizó el acto de iniciación del período lectivo de 1958.

Presidió el Señor Rector de la Universidad, Dr. Pedro León, y asistió un numeroso público, compuesto por profesores, egresados, estudiantes y personas que se interesan por los asuntos de la Facultad, que llenó el aula mayor y los pasillos adyacentes.

Abrió el acto el Decano, Dr. Francisco Junyent, y a continuación hablaron el profesor Dr. Benjamín Cornejo y el alumno señor Alberto Víctor Verón. Por el interés que para la Facultad revistieron sus exposiciones, se reproducen a continuación:

*Del Decano, Dr. Francisco Junyent*

Señor Rector de la Universidad, señores Consejeros, señores Profesores, señor Presidente del Consejo Profesional de Ciencias Económicas, señores egresados, señores estudiantes:

Me ha parecido útil que la iniciación de otro año lectivo en la Facultad no se reduzca a un mero acto de rutina. En mi opinión debe ser éste un acto desprovisto de solemnidades, que nos proporcione la oportunidad de reunirnos para renovar y fortalecer votos en el sentido de lograr una tarea ordenada, coordinada, intensa y proficua en el período que comenzamos, y una labor que redunde en provecho de la cultura general, del prestigio de esta Casa de estudios, en la formación de los alumnos y en la investigación científica. Mi pensamiento ha

sido realizar un acto sencillo, en un ambiente cálido y limpio.

La universidad argentina está en pleno período de reestructuración y tiende a ubicarse en cauces democráticos para realizar en un ambiente de libertad la alta misión cultural, científica y profesional que tiene el compromiso de cumplir, para alcanzar sus fines esenciales y para devolver al pueblo, en esos bienes sociales, lo que el pueblo gasta en sostenerla. La Universidad debe recibir, con puertas abiertas, el aura popular y toda inquietud espiritual. No la concibo en otra postura.

La vida de los pueblos, su felicidad, el nivel de comodidad, de cultura y de confort no es ya sólo la resultante del esfuerzo del trabajo manual o físico. La ciencia, la técnica, los adelantos de la investigación, tienen un ancho margen en la evolución de los métodos de producción de bienes de consumo y en la explotación racional de las riquezas naturales. En este campo la Universidad puede desempeñar un papel de alta eficiencia, por lo menos tan fecundo como el que puede alcanzar el investigador privado, o el equipo investigador costado por grandes empresas. Hay dos factores que militan en favor de la Universidad: uno, el desinterés pecuniario en los resultados alcanzados, que permite un aprovechamiento ulterior más general; otro, el concepto de valor social que trasciende de su propia naturaleza. Yo no subestimo, por el contrario, el trabajo tesonero y fecundo del investigador privado que lleva su acuciado interés hasta la angustia por lograr un avance en la técnica o en los inventos. Tampoco aminoro ni desconozco el valor que alcanza el trabajo en equipo en cuya tarea las aptitudes individuales se integran multiplicando la eficacia del grupo y afinando el análisis. Pero estos elementos ponderables del éxito pueden actuar perfectamente en la investigación y en el estudio universitario.

Quienes hemos asumido una responsabilidad en la función universitaria estamos persuadidos de que hay mucho que cam-

biar y mucho que remozar. Sabemos que en la Universidad hay que persistir en la denodada e incansable lucha contra la burocracia, separando lo que es rutina negativa de lo que debe ser actividad creadora y no simple transcurrir rentado del tiempo. Por arraigada y enormemente extendida que esté la burocracia ineficiente, por mucho que ella oponga esa enervante pared de sombras, no ha de ser difícil, con una acción perseverante y enérgica, superar los inconvenientes y hasta lograr que el mismo material humano burocrático se decida a acompañar con entusiasmo y constancia en el esfuerzo renovador, que tiende a limitar la burocracia de oficinas a lo estrictamente necesario a fin de utilizar los recursos en acrecentar la función docente, cultural y de investigación de la Universidad.

La valoración del estudio de la economía, de la finanza, de la contabilidad, de las matemáticas y de la estadística aplicadas a la economía, a la finanza y al análisis de los fenómenos sociales ha variado y acrecido grandemente, por imperio de la gravitación de factores de ponderación notoria. La economía y la finanza ya no pueden exponerse como principios de contenido teórico, alejados del mundo de la realidad práctica circundante. El estudio de las disciplinas fundamentales incorporadas al plan de estudio de esta Facultad, debe tener un necesario sentido experimental, un contenido social y al mismo tiempo una estrecha vinculación con el medio geográfico, económico y humano. En economía, por ejemplo, las fronteras políticas de un país ya no concuerdan con las fronteras zonales del estudio que pueden alcanzar parte de distintos países limítrofes. De ahí que, este mero ejemplo, sirva para confirmar la necesidad de una enseñanza en la cual el instituto o gabinete de investigación trabaje coordinadamente con la información que interesa al profesor.

Aspiramos a que la función en la Universidad se desarrolle en plenitud de eficiencia, en los dos aspectos sustanciales:

el docente y el de la investigación para el progreso científico. Una buena Universidad se logra con buenos profesores, que enseñen e investiguen con vocación, con buenos estudiantes, que estudien para aprender y no sólo para rendir, y con medios materiales y económicos para que la tarea pueda realizarse adecuadamente.

La enseñanza universitaria con clases de tipo magistral, en las que el profesor debía cuidar, porque eso era importante para su prestigio, la elegancia de la forma tanto como la claridad y sustancia de la exposición, ha sido enjuiciada y juzgada y son pocos los que siguen sosteniéndola y no prefieren la exposición clara y sencilla, sin ambiciones oratorias, matizada con el oportuno y frecuente diálogo, entre profesor y alumnos, estimulado desde la cátedra, que es el medio idóneo para aproximarse al estudiante y crear el ambiente propicio para el intercambio de impresiones, que fija mejor los conceptos y permite al profesor descubrir y aquilatar aptitudes y fomentar el entusiasmo vocacional, disipar recelos y colocar en un plano de eficiencia la comunidad espiritual, y vincular el deseo de aprender con el propósito de enseñar.

El sistema de la clase magistral o de conferencia tiene el riesgo pedagógico de desentenderse de los resultados que se obtienen con el mismo, y de prescindir del elemento humano a quien está destinada fundamentalmente esa clase. El profesor expone frente a un auditorio, compuesto de pocos o muchos, alumnos o no, porque la asistencia es libre, que escuchan o se distraen, entienden o no entienden, aprovechan o no aprovechan, y los que son estudiantes del curso, los presentes y aun los que están ausentes, confían más en los apuntes o notas que toman algunos, apuntes muchas veces inapropiados, con miras exclusivas al examen. Este sistema no puede mantenerse con carácter general.

El estudiante universitario no puede ser considerado en abstracto, como puede ser considerada una idea o un núme-

ro; en la Universidad debe ser considerado como un ser concreto, como una individualidad, con su personalidad propia, a cuya plena y mejor formación intelectual, profesional, técnica y también moral, la Universidad debe contribuir de manera positiva.

El egresado universitario no puede ser tenido como alguien alejado ya de la Casa de estudios en que recibió su formación intelectual y profesional. Un eminente publicista, especializado en cuestiones universitarias, señala la inconsecuencia que significa que la Universidad “despida” a sus egresados cuando lo lógico es que el acto de entrega del diploma represente una vinculación más firme y duradera. Participo del concepto de que el egresado no es un extraño respecto de la Universidad y de que no pueden serle indiferentes sus problemas, sus éxitos o sus vicisitudes.

En la vida de la Universidad, profesores y estudiantes tenemos una función específica, cada uno de estos órdenes y también otra función común, y en ese propósito que nos es común participa también el orden de los egresados, con su responsabilidad inherente.

El sistema de exámenes también es deficiente y consecuencia natural del sistema de enseñanza cuyo arquetipo es la clase magistral. El alumno, en la oportunidad del examen, saca por sorteo dos bolillas, si es regular, y expone a su elección sobre el contenido de una de ellas, Fácilmente se advierte que constituye un medio inadecuado para que la mesa examinadora pueda apreciar si el alumno está en condiciones de ser promovido. Si la fortuna le favorece y el alumno tiene facilidad para expresarse y buena memoria, el examen puede hasta ser brillante, aunque el alumno ignore mucho del contenido de la materia que rinde. Un procedimiento en que el azar tiene ese rol no puede mantenerse como sistema general en una Universidad que quiere que sus egresados salgan capacitados para desenvolverse con eficiencia en su vida profe-

sional y pueda devolver así, al pueblo, en bienes sociales, el ingente gasto de su educación universitaria.

Si es honesto hacer una crítica de la realidad que vivimos y practicamos en la Universidad, con el levantado propósito de corregir las deficiencias apuntadas, es honrado decir también, para no engañarnos ni engañar a nadie, que la posibilidad de lograr cambios sustanciales inmediatos es precaria y que a la meta de perfeccionamiento habrá que ir en forma paulatina y gradual, condicionando la labor con las posibilidades de obtener y formar docentes y ayudantes técnicos capaces, con la superación de la ausencia o incomodidad de locales y material pedagógico apropiado y en especial también con la voluntad vocacional de los estudiantes. Yo confío en que la juventud que estudia ha de sentir plenamente su responsabilidad de esta hora universitaria y ha de advertir que su deber es trabajar con decisión y firmeza, coadyuvando con su inestimable concurso y con el vigor y generosidad de su juventud, apartando el señuelo que le ofrecen situaciones que sólo contemplan su comodidad y olvidan su vocación estudiantil, que es también esfuerzo, dedicación y constancia.

Invito a profesores, alumnos, egresados y empleados a colaborar en la tarea de superación que he señalado, para que nuestra Facultad contribuya ampliamente al esfuerzo general que está realizando toda la Universidad de Córdoba.

*Del Profesor Dr. Benjamín Cornejo*

Señor Rector de la Universidad, señores Profesores, señoras y señores:

Es para mí muy grato cumplir con el honroso encargo de representar a los profesores, que me ha conferido el señor Decano, en este acto que evoca en mi espíritu recordaciones que no puedo silenciar. Quizás vaya en ello una indiscreta nota personal, pero creo tener título suficiente para

permitirme el lujo de una indiscreción: el de haber vinculado irrevocablemente un largo y feliz período de mi vida a la gestación, nacimiento y consolidación de esta casa. Quiero, así, cumplir mi cometido relatando a los estudiantes de hoy una historia que ellos no conocen pero que tiene aquí, en este instante, testigos presenciales que podrán dar fe de su verdad y sentirán, no lo dudo, la nostalgia de la misma evocación.

Hacen justamente veintitrés años que la visión de un Rector ilustre, Don Sofanor Novillo Corvalán, creó la Escuela de Ciencias Económicas. Le acompañaba el fervor de un puñado de hombres, y eso fue bastante. Surgió desde el primer momento con rango doctoral, y a fe que la Escuela hizo honor a la jerarquía académica que le fue conferida en su bautismo.

Se organizaron los cursos sobre la base de la asistencia obligatoria de los alumnos y de pruebas periódicas distribuidas a lo largo del año lectivo. El mérito de esas pruebas daba la posibilidad de la promoción sin examen final, sistema del que tanto se habla hoy como un medio de superar el desacreditado sistema actual de promociones.

Se contó con el concurso de profesores con experiencia en otras facultades o en la vieja escuela provincial Jerónimo Luis de Cabrera. En unos casos hubo que traerlos de Buenos Aires, en otros se contrató a prestigiosos profesores de universidades europeas, y en los menos hubo forzosamente que improvisarlos. Todos hicieron el esfuerzo y el sacrificio demandados y cumplieron su tarea con decoro, con dignidad y con modestia.

Pronto se crearon institutos de investigación y seminarios a los que se atrajo a lo mejor de los estudiantes y de los jóvenes egresados brindándoles la oportunidad de iniciar su carrera científica y docente.

Nació y creció la Biblioteca con un criterio de selección que la constituyó en una de las más ricas del país por la po-

sesión de las obras económicas fundamentales, la bibliografía moderna de los autores más reputados, y la suscripción a las revistas científicas más afamadas del mundo.

Publicó su propia Revista con la contribución de los docentes de la casa y los trabajos de los institutos. Colaboraron en ella, desinteresadamente, ilustres economistas extranjeros que reconocían así la jerarquía de la publicación que vino a ser la primera en su género en nuestro país, si es que no de América Latina, como lo reconocieron autoridades extranjeras. Ella difundió el nombre de la Escuela por todo el continente, muchos de sus profesores se hicieron conocer y respetar por sus trabajos, dando a la casa un prestigio muy superior a sus pocos años.

Pero esto, con ser mucho, no fue todo, ni siquiera lo principal. El alma de la Escuela residió en la convivencia de profesores y estudiantes, en el trato diario, amistoso y cordial. La consideración recíproca y el respeto mutuo fueron la expresión viva de la buena educación y de una cultura auténtica que impusieron una armonía que no lograron quebrar fugaces episodios intrascendentes.

Los resultados son bien conocidos: una legión de profesionales competentes que se cuenta entre los más reputados del medio; un grupo selecto de jóvenes economistas, estadísticos, matemáticos y financistas que se han consagrado en la cátedra, en institutos nacionales y extranjeros, en organismos internacionales y en la función pública.

Esta es la breve historia de un período de once años que terminó en noviembre de 1946. De entonces a hoy han soplado vendavales, pero la semilla no fue barrida por ellos.

La evocación de aquella pequeña Escuela pretende llevar la enseñanza de lo que es capaz el esfuerzo común puesto al servicio de la cultura y del bien de las instituciones. Quien os habla, jóvenes estudiantes, no ha venido a hacer la apología de una obra personal, ni cree que ella fuera perfecta. Se co-

metieron no pocos errores, como en todas las obras de los hombres, y el camino hacia la perfección no tiene punto de llegada. Y lo bueno que pudo hacerse fue la obra de muchos, de los propios estudiantes. Los profesores cumplieron honradamente y en la medida de sus fuerzas su deber de enseñar; los estudiantes aplicaron lo mejor de sus afanes a la tarea de aprender. Hoy comprendemos que debemos confiar en ellos para la reconstrucción emprendida tan penosamente. Ellos, por su parte, deben confiar en la ciencia y experiencia de aquéllos cuya enseñanza técnica y científica han venido voluntariamente a recibir. Una suprema razón de convivencia universitaria y de buen sentido exige que el estudiante no vea en los profesores a una clase social distinta de la suya. Nos separa una función distinta pero nos une un quehacer común. Ni los profesores son tales por razón de clase, de fortuna o de partido, ni los estudiantes llegan aquí por el favor de nadie sino por sus aptitudes y por el derecho que les otorga la Constitución.

Los profesores tienen el derecho de que su opinión sobre la forma de organizar la Universidad, se acepte o no, se respete como inspirada en el bien de la juventud y en el interés supremo de la patria. Esta demanda puede parecer insólita, pero ciertas actitudes estudiantiles que debemos creer fruto de la irreflexión o del engaño parecerían atribuirnos una tenebrosa conspiración para perseguirlos o frustrarlos.

Todos queremos, en esta reconstrucción, edificar la gran Universidad del porvenir. Tenemos que hablar el mismo idioma, so pena de que, como en el caso bíblico, nos confunda la cólera divina.

Con estas reflexiones, que he procurado expresar con la mayor brevedad y sencillez, doy la bienvenida a los jóvenes estudiantes que se incorporan a esta casa. Los muchos y graves problemas económicos del país dan a los economistas un papel muy importante y una gran responsabilidad. Les invito,

pues, a poner en sus estudios la seriedad y la contracción que es menester. Y en nombre de los profesores les deseo éxito y buena suerte.

*Del Estudiante Señor Alberto V. Verón*

Señor Decano, señores Profesores, Compañeros Estudiantes:

No puedo menos que sentirme halagado y experimentar sincera satisfacción por ser yo quien tenga la prerrogativa de pronunciar estas palabras, en el acto de apertura del ciclo lectivo correspondiente al año 1958, representando o mejor dicho tratando en la medida de lo posible, de ser el reflejo de las aspiraciones, anhelos e inquietudes, del estudiante de Ciencias Económicas.

Debo reconocer, asumo una responsabilidad que no deja de tener cierta trascendencia y repercusión en la persona de las autoridades Universitarias, profesores y compañeros estudiantes. En primer lugar, por la naturaleza misma del acto, que de suyo exige bastante seriedad; en segundo lugar, y principalmente, por la actual situación que atravesamos y que podemos calificar de etapa decisiva en el futuro de la vida universitaria.

No es de extrañar entonces que a lo largo de esta exposición vierta conceptos que pueden llegar a herir susceptibilidades. Si esto ocurre, me exeuo ante el auditorio, pues no es ése precisamente mi propósito, sino más bien expresar a rasgos ligeros la realidad de nuestra vida universitaria. Y para ello sólo debo tener un solo proceder: sinceridad para con ustedes y sinceridad para conmigo mismo.

Comenzaré esta breve exposición partiendo de un principio fundamental: en toda actividad humana existen dos fuerzas que permiten al hombre conseguir el fin que intenta; una, la voluntad de hacer; otra, el gusto, o más bien, amor que

se experimenta por lo que se hace. Pienso que de la conjunción de estas dos fuerzas, nace la vocación manifiesta. Quiero creer que el Estudiante posee esta vocación, pero aquí en nuestra Universidad, más exactamente, en esta Facultad, la posee en estado de somnolencia. La realidad es ésta: el estudiante que llega a nuestras aulas con los mejores ánimos de materializar su vocación, choca contra fuerzas que se oponen a este fin.

Es triste escuchar frecuentemente y en boca de cualquiera de nosotros: "Lo que menos parece esto es una Facultad". Perdonen la sinceridad que encierran estas palabras, pero, ¿es de creer que lo expresamos sin fundamentos? No, lo expresamos por muchos motivos, entre otros:

Porque no se nos canaliza, a menos de una manera eficiente, la posibilidad de especializarnos en alguna rama científica.

Lo expresamos porque la enseñanza en esta Facultad, es sencillamente deficiente.

Lo expresamos porque es lamentable asistir a clases en un edificio impropio para ello.

Lo expresamos porque comprendemos que los profesores no son remunerados de acuerdo a su jerarquía, capacidad y trabajo.

Lo expresamos porque no concebimos la erogación de ingéñtes sumas de dinero en un número innecesario de empleados administrativos.

Lo expresamos porque aún no logramos un régimen de enseñanza en donde los exámenes constituyan lo accesorio, y, el estudio, asistencia a clase e investigación científica, lo principal.

Lo expresamos porque, estamos seguros, los profesionales que egresan de esta Facultad constituyen meros teóricos de los principios enseñados en nuestras aulas, con una casi absoluta falta de conocimientos prácticos.

En fin, lo expresamos porque la Universidad no cumple su verdadera función.

Pensamos, y esto no es ninguna novedad, que todos los vicios de que adolece nuestra Universidad, y especialmente la Facultad de Ciencias Económicas, sólo será posible eliminarlos, merced a una nueva reestructuración universitaria, de carácter integral, atribuyendo a los problemas más apremiantes, el carácter de prioridad, a los efectos de una pronta solución de ellos. Tales fines no se lograrían, sino gracias a la cooperación y buena voluntad por parte de las Autoridades Universitarias, Profesores y Estudiantes. A todos ellos les pido colaboración. A las Autoridades, recordándoles que tienen en sus manos los instrumentos de la dirección y ejecución Universitaria, y que un mal uso de ellos, ya por indolencia, ya por arbitrio injustificado, u obedeciendo a fines ajenos y distintos al de los verdaderos que se persiguen pueden dar por tierra nuestros anhelos justamente exigidos. A los señores profesores, no olvidando que cumplen una función social trascendental: terminar de formar al hombre científicamente. A los compañeros Estudiantes, recordándoles que la desunión debilita considerablemente los verdaderos principios con que fundamentamos nuestras pretensiones de una mejor Universidad.

Para finalizar, sean mis últimas palabras dirigidas a aquellos compañeros Estudiantes que ingresan al primer curso de esta Facultad. A ellos, y en nombre de todos los compañeros de Ciencias Económicas, y en el mío propio augúroles la mejor de las fortunas, y que éste, su primer año, constituya el preludio de una nueva actividad, de una nueva vida, encaminada al logro de sus ambiciones, de un mayor y mejor saber.

Si mi tarea en este acto fue la de volcar las inquietudes que, en términos generales y de manera común, sentimos los estudiantes, creo haber cumplido con tal misión. Si acaso alguien piense que nuestros anhelos, inquietudes y deseos por

una mejor Universidad están equivocados, que somos demasiado idealistas, les recuerdo que alguien dijo: “La Universidad en vez de ser una suma de escuelas profesionales, debe convertirse en una entidad que ponga al servicio de todos, los resultados más altos de la ciencia, a la vez que coordine los esfuerzos de la investigación e imprima unidad a los ideales que renueva la conciencia social”.